

# LA FERTILIA.

## Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.

10 CTS.

DOMINGO 28 DE DICIEMBRE DE 1851.

### Los gitanos en Valaquia.

Hace algunos meses que me hallaba en Valaquia en casa de un amigo mio, comerciante en una de tantas miserables aldeas, compuesta de cabañas, de las cuales puede llamarse dueño el primero que llegue, si tiene un caballo bien enjaezado, un vestido á la estrangera, y un comercio de algunas piastras. En aquel pais, sometido de antemano al que quiere tomarse el trabajo de conquistarlo, y donde no hay mas industria que la de sacar todo el partido posible de la servidumbre, el palo es el único lazo que liga al amo con el esclavo: el primero manda y pega; el segundo presenta la espalda y obedece. Pero uno y otro son igualmente perversos, ignorantes y degradados: el rico no posee ni aun la triste habilidad de encubrir su corrupcion con el barniz de la elegancia.

Mi amigo estaba ausente; su vida era laboriosa, activa y llena de peligros, como es la de todos los comerciantes en los paises orientales. Habíame dejado solo en la aldea, y yo, jóven y sin esperiencia, enmedio de una poblacion cuyo idioma conocia poco, y menos las costumbres, pasaba el tiempo, para imitar á los valacos de distincion, en fumar, beber, cazar, pasear á caballo y fastidiarme, sin mas entretenimiento que el de ver á los turcos apalea á los paisanos.

Una tarde estaba en el corral de la cabaña haciendo rodear con una empalizada algunos géneros que debian quedarse allí por la noche, cuando un estruendo súbito y desconocido llamó mi atencion. Al principio sonaba á lo léjos, pero crecia y se acercaba

á cada momento. Componíase de voces humanas, cantos agudos y desusados, gritos de niños y de mugeres, ahullidos de animales &c. No es fácil decir cuán espantosa era esta armonía discordante enmedio de las estensas llanuras de Valaquia. A haberme hallado en el desierto, hubiera creido que era una tribu de beduinos, ó una caravana; y no me engaño mucho, pues en los desiertos de la Valaquia no faltan carabanas, y mucho menos beduinos. «¿Qué es esto? pregunté al criado principal de mi amigo, vigoroso gañán, convertido á pesar suyo en dependiente del escritorio. ¿Qué es esto, Bivalaki?

—La octava plaga de Egipto, mi señor.

—Cómo, ¿son langostas?

—No, mi señor, son gitanos.

—¿Gitanos? exclamé temblando por los géneros de mi amigo, que estaban en campo abierto. Las lanzas estendidas de los árabes no me hubieran causado tanto miedo, como imaginar las uñas encorvadas de los jitanos robando en los sacos. ¿Y han de pasar la noche aquí? Es menester echarlos á toda costa.

—Dios nos libre, mi señor. Estaremos de centinela toda la noche, y los ladrones se contentarán con las gallinas de la aldea: ¡pobre de la qua haya salido del gallinero!

—¿Pero hemos de sufrir que esos bandidos pongan en contribucion al pueblo? Reunamos alguna gente, y obliguémoslos á alejarse.

—Créame, mi señor, no se meta con esa gente y obrará con prudencia. Los jitanos son como las zarzas, que pican á los que se acercan á ellas.

El consejo era muy juicioso, y así no lo seguí. Hícele señas de que viniese con-

migo; el valeroso Bivalki, no por haberme aconsejado con prudencia, dejaba de estar dispuesto á defenderme de las consecuencias de mi necesidad. Pusímonos en camino, y llegamos al campamento de los jitanos, que estaba á doscientos pasos de la aldea. Las tiendas eran de pieles de cabras, y muy malas. La entrada estaba á la parte opuesta de la aldea, y pude llegar sin ser visto. Por uno de los numerosos desgarrones que tenía una tienda vi lo que pocas veces han logrado ver los ojos de un cristiano. Al rededor de un gran fuego encendido delante de la puerta estaban amontonadas algunas criaturas humanas confundidas entre muchos cuadrúpedos, sin mas superioridad sobre ellos que estar mas cercanas al fuego; sin duda para acelerar el importante negocio de la cena que se guisaba en una inmensa caldera. Niños desnudos y de color de cobre, pendientes del pecho de sus madres, del mismo color y desnudez, presentaban el cuadro mas deforme de la miseria. Dije *sus madres*, y me engañé: porque en aquella república, donde todo es comun, no hay esposas ni madres. La nodriza da el pecho al chico que tiene junto, que podrá ser su hijo, mas ella no lo sabe. El cerdillo mama de la burra, el perrillo de la vaca, el gato de la perra. Todo está confundido, no hay diferencias de castas, ni relaciones de familias en esta horrible anarquía, en este caos de la naturaleza, donde el hombre no tiene mas superioridad que la de la fuerza, mas lazos que los de la casualidad, mas agentes morales que la brutalidad de sus deseos.

Un perro de la tribu, ó los oídos no menos vigilantes de los jitanos, me sintieron. Hubo un movimiento general en aquella masa confusa, donde todos se agitaron y cobraron vida, como un hormiguero que se desbarata. Dos ó tres hombres salieron aceleradamente de la tienda y me preguntaron en lengua vácaca, y con bastante desvergüenza *que quería*. Viéndome vestido á la estrangera, se pusieron mas humildes, y cuando les dije que estaba resuelto á enviarlos á pernoctar mas lejos de la aldea, el vocabulario servilísimo de las paisanos vácacos no les suministró palabras bastante viles para expresar sus súplicas. Estaban tan fatigados, la otra aldea estaba tan lejos: no tenían necesidad

sino de lo que no se niega á un perro, tierra para acostarse y agua para beber: ¿cómo tener la crueldad de despedir á una pobre tribu que venia á mi puerta á comer el pan de la miseria, sin pedirme siquiera las migajas que caian de mi mesa?..... Lo confieso, sin embargo mi corazón endurecido por el trato de los vácacos, siempre pobres y pordioseros, no se conmovió con sus largas lamentaciones. Insistí con firmeza, y mientras mas levantaba mi voz, mas bajaban la suya mis antagonistas, principalmente al ver el terrible palo que blandia mi compañero, como para apoyar mi discurso, porque en Valaquia nada resiste á estos argumentos, el que apálea siempre tiene razón. Enfadado al fin, arranqué del suelo una de las cuerdas de la tienda, y el edificio se bamboleó. Habia hecho mal, y no tardé en conocerlo: la tribu se sublevó toda entera: cuatro ó cinco mugeres sin mas vestidos que sus largos desgreñados cabellos, con los ojos centelleantes, y dirigiendo hacia mi sus dedos encorvados, se pusieron á vomitar, en su idioma bárbaro, todas las maldiciones que puede pronunciar la lengua humana. Y cuando les faltaron las palabras, y desgañitadas no podían ni aun respirar, cada una de ellas, cogiendo por el pié al niño que tenían en los brazos, les hacían describir en el aire un círculo como el de una honda, amenazándome pegar con ellos. Yo me retiré espantado de este último rasgo de elocuencia: mi fiel criado estaba tan amedrentado como yo: y mirando hácia atrás con una inquietud visible, mostraba aconsejarme que buscásemos nuestra seguridad en la fuga. Convino en ello, y siguiendo demasiado tarde el consejo que debia haber tomado al principio, me retiré apresuradamente, con un trotillo que se parece algo á la carrera, abandonando á su suerte la tribu que mi imprudencia habia incomodado momentáneamente. No olvidaré que á pesar de la rapidéz con que hice mi retirada, fui perseguido hasta la aldea por toda la tribu, incluso las mugeres, niños, caballos, perros, cerdos &c. y sus ahullidos discordantes fueron á mi alcance, aun mucho despues de haber llegado á aquellos límites, que no se atrevieron á pasar.

Cuando llegué á mi puerta esperé al cria-

do que se habia quedado atrás. Llegó en breve, pero no solo, porque traia por los cabellos (que es el modo de asegurar á los presos en Valaquia) á un hombre grande y moreno, vestido con una túnica larga de lino, el ciuto de lana, espartillas y gorro de piel de carnero, que son los adornos comunes de los jitanos y de los válacos.

Era el gefe de la tribu. Llevaba en la cintura, por única insignia de su autoridad, un azote corto y pesado, armado de correas y nudos de alambre, que le sirven para conservar el orden en su indisciplinada cuadrilla. Bivalki le habia encontrado junto á una casa de la aldea donde venia á pedir limosna ó á robar, segun se le ofreciese la ocasion. Yo estaba de mal humor como sucede cuando se ha obrado mal: me alegré de haber hecho aquel prisionero, y me propuse que sus espaldas pagasen la desgracia de mi aventura. Le hice entrar, y los palos que se le dieron al instante, lo testificaron mis buenas intenciones que él habia ya adivinado. Mi objeto en tenerlo arrestado no era satisfacer una venganza mezquina, sino infundir miedo á sus compañeros, deteniéndolo como en rehenes y poniendo á su libertad la condicion de que se irian al instante. Por desgracia, yo hice la cuenta sin la huéspedes y sin los terribles ahullidos que empezó á dar desde el primer palo, en lugar de la paciencia heroica que los válacos muestran en semejantas ocasiones. En un momento se puso la tribu infernal junto á mis ventanas, como una tropa de demonios. Nada faltaba: ni los cuadrúpedos ni las brujas morenas con sus hondas vibrantes, que balanceaban en sus manos al rededor de la empalizada cuya caída tenian: y aun me amenazaban con que arrojarian los niños en el suelo del patio, y que yo los pagaria. Aquellas mugeres desaloradas hubieran aterrado á la guarnicion mas intrépida, y así no tardé en capitular. Querian y pedian á su gefe con el mayor empeño: porque el gran Señor no inspira mas respeto á sus vasallos, que un gefe de gitanos á su tribu: sus palabras son leyes: su mirada un favor: su azote un cetro: es á un mismo tiempo legislador, sacerdote y amo. Los artículos de la capitulacion se formaron con prontitud. Restituí á la tribu su

fetiché adorado, reservándome solamente el terrible azote como trofeo de mi victoria: añadí á su libertad el regalo de algunas gallinas, y los jitanos se retiraron muy satisfechos.

Despues de una noche que pasaron con mas tranquilidad que yo, comiéndose las gallinas de los cristianos y burlándose de ellos, al rayar el alba desapareció esta cuadrilla de mal agüero, con gran satisfaccion de los habitantes de la aldea, principalmente mia.

Aun faltan algunas pinceladas á este cuadro de los jitanos en el Oriente. Estas tribus selváticas, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y que se encuentran en todos países, salieron de Egipto, que parece haber sido su patria primera, con nociones vagas de una religion antigua, que es forzoso hayan alterado notablemente en sus emigraciones. Entre ellos hay una tradicion popular que anuncia la antigüedad de su creencia, porque dicen muy frecuentemente: «*Teniamos una casa de piedra; los cristianos nos la tomaron y nos dieron la suya que era de madera. Esta se quemó y nos quedamos sin casa.*» En cuanto á las costumbres de los gitanos, se pueden conocer cuales son por la anterior relacion.

---

#### *Hipótesis sobre ciertos fenómenos observados en los eclipses.—Imágen fotográfica de la Luna.*

El último eclipse ha dado lugar á hablar de las diferentes hipótesis por las que se ha tratado de explicar las llamas rojizas y las protuberancias singulares que no aparecen sino en los eclipses totales. Son, dicen, algunas nubes incandescentes que flotan en la atmósfera solar, y su presencia confirma la de la misma atmósfera. Son mas bien, oponen otros, conjuntos de materia muy ténue, quizás gaseosa, que circulan muy cerca del sol; pero en el vacío, así como las masas planetarias sujetas á las leyes de la gravitacion universal, y para dar paso á tales ideas hipotéticas se notan los nombres de Arago y Babinet. La opinion de Mr.

Jaye desembaraza al sol de ese cerco misterioso y generalmente invisible, atribuyendo el fenómeno de las prominencias á un efecto óptico, á una ilusión.

Segun Mr. Jaye al observar aquellos fenómenos debía tenerse tambien un termómetro sensible á fin de determinar la mayor exactitud posible de las variaciones de temperatura, que la sombra, apesar de su rapidez, produce en la atmósfera; porque no obstante la oposicion de Mr. Avry, célebre director del observatorio de Greenwich, Mr. Jaye persiste en creer que esos cambios de temperatura bastan para causar refracciones extraordinarias, capaces de dar origen á las apariencias mas variadas y mas singulares, asi como esa misma refraccion eleva en el mar un buque sobre su posicion verdadera, redobla su imágen, y la presenta en las situaciones mas variadas é inverosímiles. Ademas, Mr. Jaye apela al cálculo y demuestra que desde el instante que un rayo de luz solar es reflejado hácia la tierra por cualquiera faceta brillante de las montañas de la luna, y por poca que sea su intensidad, se puede con una atmósfera desigualmente enfriada, esparcirlo en llamas, en lenguas de fuego, dispersarlo en cuentas luminosas, ordenarlo en nubes exteriores ó interiores en derredor del disco de la luna, representar en una palabra, la inmensa variedad de hechos referidos por los observadores.

La academia de ciencias recibió una copia al daguerreotipo, que representa el disco de la luna en el cuarto creciente, copia obtenida por Mr. Bond.

No es esta la primera vez que se ha mostrado la capacidad fotografica de la luz de la luna, se habian impresionado láminas sensibles con su luz reconcentrada por medio de un lente; pero el resultado de semejante impresion no era mas que una mancha blanquecina, desprovista de rasgos y en la que no se reconocia nuestro satélite. La copia de Mr. Bond es por el contrario, una verdadera imágen, un retrato de la luna bellamente ejecutado, y en el que se advierten los rasgos y señales de su superficie, tal como se vé absolutamente en el foco de fuertes telescopios. Si juzgamos por la curvatura del borde circular de su imágen, de que nos ocupamos, tendria si fuera com-

plata, casi un decimetro de diámetro, y para obtenerla directamente ha debido emplearse una objetiva de 8 á 10 metros de longitud focal. En efecto, el gran telescopio paraláctico de Cambridge sirvió de cámara oscura en la ocasion. Quitada la ocular, la lámina fué puesta en el foco del instrumento que, movido por su propio mecanismo comunicó á la superficie (cerion) impresionable un movimiento igual al de la imágen misma, de suerte que durante la impresion no hubo desvio relativo sensible entre la lámina y la imágen óptica de nuestro satélite que caia en su faz. Sin aparatos iguales no debo pensarse en sacar una imágen fotografica de la luna. En esta operacion deben concurrir con sus medios la astronomia y la fotografia.



Habiéndose hablado últimamente por la prensa periódica de la presentacion hecha á S. M. de la Sagrada Ginta de Tortosa, no nos parece inoportuno dar algunos pormenores sobre esta reliquia tan venerada, á la cual se atribuye una virtud inmensa.

Se asegura que en tiempos muy antiguos vivia en la referida ciudad de Tortosa un sacerdote entregado todo á la contemplacion de las cosas divinas, y que yendo una noche á maitines, segun su costumbre, se le apareció la Virgen y le dijo: «Porque esta iglesia está dedicada en honra de mi hijo y mia, y en vosotros los de Tortosa he hallado tanta solicitud en mi culto y veneracion, porque os amo, y delante de mi hijo intercedo por vosotros, en prenda y testimonio de este amor, para que de él y de mí tengais una irrefragable y perenne memoria, os dejo sobre este altar esta Ginta de que estoy ceñida y tejí por mis manos. Harás de este favor y merced relacion al obispo, á la clerecía y á lo restante del pueblo: desde cuya época guarda y venera la citada iglesia dicha Ginta ó ceñidor como un preciosisimo tesoro.

Su materia es seda, su forma y hechura una redecilla sutil y artificiosamente labrada con mucho primor y destreza, sin verse en ella nudo alguno. Por la aplicacion

de la recordada Cinta se dice que han salido con toda felicidad muchísimas mujeres de partos los mas difíciles y apurados, y esto es tan sabido, que cuando nuestras reinas se hallan adelantadas en su embarazo, escribe el rey al cabildo de Tortosa enviándole á pedir la repetida Cinta, la cual lleva á palacio un canónigo, y se aplica á S. M. en la hora del parto.

---

## Historia.

### MACSIMILIANO ROBESPIERRE.

Arrastrado por los torpes alhagos de esa ambicion sin freno que llegó á trastornar los viejos cimientos de la sociedad, se vió aparecer cual nuncio de destruccion, el géneo que habia de conmovier con su emponzoñado aliento instituciones y costumbres, cuando agitada la Francia con su orgullo y poder, quiso ser mas de lo que en realidad podia.

Macsimiliano Robespierre, nombre que el eco de los tiempos repite aun con espanto, nació en Arras, ciudad de Francia. Pertenencia á una familia honrada, aunque no rica, y su educacion fué debida á la beneficencia de los protectores de aquella, y principalmente al obispo de la ciudad que lo vió nacer, pues habiéndole proporcionado un dote, pudo entrar en uno de los colegios mas célebres de Paris. Concluidos sus estudios se recibió de abogado y siguió en su patria la carrera de la magistratura.

Avido de renombre y de poder se presentó á su ambicion la época de la convocacion de los estados generales y corrió á proporcionarse sufragios, siendo elegido miembro de la asamblea constituyente; entonces procuró distinguirse por medio de su demagogia, mas á su despecho no pudo conseguirlo, pues la asamblea concluyó cuando aun no habia alcanzado el lugar importante que soñaba.

Llamado á la convencion despues de la carnicería de setiembre, volvió á poner en juego su plan con mejor éxito.

Habiendo adquirido una suma preponderancia, merced á la mas inusitada de las popularidades que alhagaron el poder, se hizo violento y al apoyo del estupor en que los espíritus estaban sumidos, rodeado de malvados que llegaron á ser sus cómplices y que le sirvieron de satélites, todo lo avasalló, desmoronando instituciones con la voz de su delirio en la borrascosa noche de su soberbia, y esclavizando al pueblo á quien pretendia servir.

Ritos, leyes y costumbres fueron cambiadas. La Francia fué poblada de prisiones á donde el hombre honrado iba á llorar el infortunio de su patria. Ninguna clase del estado quedó libre del ostracismo ó de la muerte. El pobre era conducido al cadalso al lado del rico, el sacerdote con el lego, el artesano con el hombre distinguido por sus títulos, el padre con el hijo, y la Francia toda fué cubierta de sangre.

Pero no siempre habia de enseñorearse con sus crímenes el tirano. Castigado que hubo Dios por medio de él, el osado orgullo de la Francia que pretendió imposibles en medio de su vértigo, llegó el dia de la venganza, y su poder colosal que hizo temblar un dia, se hundió de repente.

Robespierre fué arrastrado al mismo cadalso que habia regado con la sangre de tantas víctimas inocentes, y el que con alas gigantescas pretendió alzarse á las nubes, fué decapitado el 29 de julio de 1794 en union de su hermano y otros compañeros.

*Federico Ferredon.*

---

## Teatro Principal.

Quando leímos el domingo anterior el anuncio de la *Lucia*, ópera en la que tanto habia brillado la señora Caccia, hasta el punto de recibir grandes y magníficas ovaciones del público de este coliseo, no pudimos menos de exclamar, ó es grande la osadía y el amor propio de la señora Fo-

dor, ó es grande su mérito. Por fortuna hemos visto y nos hemos convencido que no ha menester esta prima donna de osadía para cantar la mejor de las partituras de Donizetti, y ser escuchada con el placer que mostraron los concurrentes al Principal en las dos noches que en él se ha ejecutado la *Lucia*. Los repetidos y estrepitosos aplausos que ha recibido, precisamente en la pieza en que mas sublime aparecia la inolvidable señora Rossi-Caccia, son en nuestro concepto los mayores elogios que pudieran tributarse á la señora Fodor.

Y no podian aquellos ser dispensados con mayor justicia, porque al buen timbre y firmeza de voz, une gran ejecucion y flexibilidad de garganta. Bien acreditó su maestría y grandes facultades en el rondó del tercer acto, particularmente en el andante, en el que estuvo á la altura de la señora Rossi. Si bien es cierto que su voz no es tan aflautada, por decirlo así, como la de esta artista, está en cambio dotada de alguna mas fuerza y firmeza. En cuanto á afinacion y buen gusto nada hay que pedir á la señora Fodor. Adivina la facilidad con que varía de entonacion, así como la firmeza en el sostenimiento de los puntos altos.

En sus escalas cromáticas se aperciben con claridad cada una de las notas. Sus trinos son muy buenos, aun cuando no tan claros y robustos como los de la señora Rossi Caccia. Somos francos, sin embargo de que manifiesta ternura y sentimiento en el canto, no encontramos á la actriz al nivel de la cantante, sin que por esto quiera decir que como tal nos disgusta. Hay en esta artista la pasión y vehemencia que el papel requiere; pero faltaba alguna dignidad mas en sus maneras. El público, justo apreciador del mérito

de esta prima donna, la ha llamado á la escena las dos veces que la hemos oido la *Lucia*. Ojalá pudieramos decir otro tanto de señor Dotti, tenor de sentimiento, pero no de fuerza; y menos de la fuerza que requería el papel del amante de *Lucia*; así es que en el soberbio quinteto del segundo acto apenas se le oía; sucedia todo lo contrario que al señor Siuico, cuya voz cubria las de los demás cantantes. Por fortuna nos consta que está ya ajustado un primer tenor de fuerza, y que no ha de tardar mucho tiempo en llegar á esta ciudad. Siendo así, no podrá el público exigir mas á un empresario que para un teatro de provincia nos ha traído una compañía mas que completa, porque puede decirse que es una doble compañía, lográndose de este modo variar las funciones, y poder oír ya óperas que pidan de suyo gran ejecucion, ya otras que exijan gran fuerza de voz, ya por último las bufas, que necesitan ciertas y determinadas cualidades del artista, bien como actor bien como cantante.

Y apropósito de ópera bufa, tiempo es ya de que digamos algo acerca de la que acaba de ponerse en escena con el título de *Los Espósitos*. Esta lindísima partitura del autor de la *Clara de Rosenberg*, de la *Linda de Chamounix* y de otras de no menor mérito, ha sido oida en todos los primeros teatros de Europa con sumo agrado: en el Real de Madrid ha sido repetido muchas veces, así como en el de San Fernando de Sevilla. No podrá menos de caberle igual suerte en el Principal de Cádiz; y con efecto, las dos veces que se ha puesto en escena ha estado concurrídisimo el teatro, y ha dado el público señales inequívocas de ser muy de su gusto esta partitura de Ricci. Gracia, ligereza, originalidad, va-

riedad suma en la música, en fin, todas las condiciones de la ópera bufa se encuentran perfectamente cumplidas en la preciosa partitura de que hablamos. La ejecución fué, en general, como no se esperaba. Fué un chasco agradable el que tuvimos cuantos por primera vez oímos la ópera. Todos se pensaban que la señora Bianelli era una de aquellas cantantes que, aun cuando figuran en las listas de la compañía como primas donnas, son en realidad unas comprimarias destinadas, como estuvo la señora Patriosi, á trabajar alguno que otro día, á fin de que descanse las verdaderas primas donnas, y contribuyan á matar el abono.

Grande fué, pues, la sorpresa que causó al oírla cantar con una voz firme y vibrante, con gran maestría y gusto, la principal parte que lo estaba encomendada. A su agradable y segura voz agrega las dotes de verdadera cómica, y un aire digno y resuelto que la hacen en la escena verdaderamente simpática. En todas las piezas agradó sobremedida, y fué especialmente aplaudida en el terceto del primer acto, en el final del segundo, y en el duo que con su amante tiene en el tercero. El señor Donadio y el señor Ley son dos buenos bufos caricatos que llenaron perfectamente sus respectivos papeles. Alcanzaron muchos aplausos en el precioso duo de bajo del tercer acto, habiendo hecho el público repetir la parte en que el señor Ley fingía la voz de muger con la de falsete. El señor Debesi, considerado como tenor que figura en segundo lugar, es superior, en nuestro concepto, al señor Denti. Canta con gusto y afinación, y le descubrimos una voz que no habíamos notado en el *Macbet*, y que sin duda tenía reservada para *Los Espósitos*, en donde tenía mas que lucir. Nos falta oír de la compañía al señor Sagner, primer bajo

profundo, que deberá salir por primera vez en el *Atila*. Sin embargo, ya nos podemos formar una idea de toda la compañía, y volvemos á repetir que con la llegada del buen tenor podremos darnos por muy satisfechos los aficionados á la música, pues disfrutaremos de todo género de funciones líricas.

---

## Miscelánea.

---

ANECDOTA.—Una dama muy conocida por su bellaza y por algunos picantes chistes, que han parado á mas de un intrépido galanteador, se paseaba tardes pasadas por las inmediaciones de la casa de fieras. Al lado de la dama iba un quidam que la persigue constantemente á pié y á caballo, y habiéndole dado en la cruel manía de no dejarla á sol ni á sonibra. Este quidam lo habia sacado una porcion de conversaciones, y la dama respondia siempre con monosílabos ó palabras tan cortadas, que el pobre prógimo tenia que emprender otra nueva.

—Hago una tarde deliciosa, decia el prógimo.

—Si, respondia la dama.

—¿Le gusta á usted el invierno?

—No.

—¿Irá usted esta noche al teatro Real?

—Puede.

—¿Le gusta á usted la Corrito?

—Si.

—¿Vá usted á sociedades?

—No.

Y el quidam no sabia que hablar, cuando las fieras empezaron una de esas conversaciones que deben ser muy agradables para ellas, pero que atruenan los oídos de cuantos tienen la desgracia de estar á sus inmediaciones. Esta infernal algarabía vino en auxilio del prógimo que tuvo motivo para hablar.

—¿Qué fiera inspira á usted mas terror? preguntó á la dama.

Esta lo miró de hito en hito, y con una impasibilidad admirable, repuso:

—El OSO. Beso á usted la mano, caballero.

La dama siguió su paseo hácia el estanque; pero en cuanto al *quidam* hay opiniones, y la mas razonable es, que convencido de que era un oso hecho y derecho, se mandó encerrar en una jaula, en compañía de un oso, una osa y dos cachorrillos que encantan.

**REVELACION DE UN CRIMEN.**—Estraña es la revelacion que no hace muchos dias ha hecho un criminal de la villa de Pontoisa (Francia) de un atentado cometido hace mas de trece meses. Habíase practicado una visita judicial en casa de un tal A. L., por sospechas de ser falsificador de billetes; y habiendo hallado pruebas irrecusables, le pusieron al instante en la cárcel. Sin el menor reparo declaró ser cierto cuanto sobre la falsificación de billetes se decia de autemano, y añadió al mismo tiempo que él era quien habia asesinado á su muger, cuyo cadáver tenia oculto en la cueva de su casa. Semejante confesion causó gran sorpresa á los que le escuchaban, y habiendo reconocido la justicia el sitio designado, encontró un tonel cerrado herméticamente con algunos restos humanos hechos pedazos en completa putrefaccion, aunque no tan desfigurados que no pudiera identificarse la víctima.

Entonces dijo el asesino con la mayor sangre fria que tuvo intencion en el momento de cometer el crimen de hacer desaparecer el cuerpo del delito, echando la caja al rio que pasa cerca de su casa; pero que se habia arrepentido por temor de que nadando sobre el agua se hubiera descubierto antes.

Poco miedo inspiraban á esta prójimo la accion de la justicia y la cuchilla de la ley.

**EJÉRCITO ARABE.**—En el interior de la Arabia, propiamente dicha, se distingue una secta particular que forma un pueblo aparte; pero tan numeroso y fuerte que puede pasar por una nacion.

Su fuerza de guerra en fines del siglo pasado podia ascender á 200,000 hombres.

Con un poderoso ejército sometieron en aquella época casi toda la Arabia, y se internaron hasta Alepo. En 1812 conquistó el puerto de Dschidd, y por este medio se abrió camino para el Egipto, pero Mehmet-Ali se opuso á sus progresos. En 1812 cayeron en su poder los Santos Lugares. En 1817 derrotó á los wahabitas cerca de Tahalito. En fin, Ibrahim-bajá acabó de someterlos, sorprendió su capital de Draych, hizo pasar á cuchillo á 200,000 habitantes, y envió á Constantinopla á Abdalah-Ben Sues, emir de los wahabitas para que fuese decapitado con 40 individuos de su familia.

Esta secta que ha permanecido tranquila 55 años, se ha presentado de pronto terrible y amenazadora para vengar la muerte de sus padres; y ha empezado atacando de repente las santas ciudades de la Meca y de Medina. Habiendo intentado defenderse la guarnicion de la última ciudad, ha sido pasada á cuchillo con una parte de sus habitantes. Los wahabitas han destruido las mezquitas, se han apoderado de todos los objetos preciosos que contenian, saqueado la ciudad y llevado prisioneras un crecido número de mugeres y doncellas. Lo mismo ha sucedido en la Meca; y un correo que ha llegado á Constantinopla ha hecho la descripcion mas afflictiva del estado de las ciudades saqueadas.

La Puerta, conociendo la gravedad del peligro, ha nombrado inmediatamente á Mehmet-bajá, el antiguo gobernador de Alepo, general en jefe del ejército árabe, en reemplazo del difunto Emir Efféndi, y ha dado órdenes rigurosas sobre la resistencia que ha de oponerse á los wahabitanes.

CADIZ: 1851.

IMPRESA DE D. FRANCISCO PANTOJA,  
calle del Laurel, n.º 129.